

DOMINGO F. SARMIENTO

VIAJES

**POR EUROPA, AFRICA Y AMERICA
1845-1847**

Prólogo:

JUAN CARLOS
CASAS

STOCKCERO

910.4 Sarmiento, Domingo Faustino
SAR Viajes por Europa, Africa y
América 1845-49.- 1ª. ed.-
Buenos Aires : Stock Cero, 2003.
676 p. ; 23x16 cm.
ISBN 987-20506-7-8
I. Título - I. Relatos de Viajes

Copyright © Stockcero 2003

1º edición: 2003
Stockcero
ISBN N° 987-20506-7-8
Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.
Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com
Viamonte 1592 C1055ABD
Buenos Aires Argentina
54 11 4372 9322
stockcero@stockcero.com

DOMINGO F. SARMIENTO

VIAJES

**POR EUROPA, AFRICA Y AMERICA
1845-1847**

Prólogo:

JUAN CARLOS
CASAS

INDICE

<i>PRÓLOGO</i>	9
<i>ADVERTENCIA</i>	21

I - DE VALPARAÍSO A PARÍS

MÁS-A-FUERA

Señor don Demetrio Peña.

<i>Montevideo, diciembre 14 de 1845</i>	29
---	----

MONTEVIDEO

Señor don Vicente F. López.

<i>Montevideo, enero 25 de 1846</i>	46
---	----

RÍO JANEIRO

Señor don Miguel Piñero.

<i>Río Janeiro, febrero 20 de 1846</i>	89
--	----

RUAN

Señor don Carlos Tejedor.

<i>Mayo 9 de 1846</i>	113
-----------------------------	-----

PARÍS

Señor don Antonio Aberastain.

<i>París, setiembre 4 de 1846</i>	142
---	-----

*DIARIO DE GASTOS DURANTE
EL VIAJE POR EUROPA Y AMÉRICA.179*

II ESPAÑA E ITALIA

MADRID

Señor don Victoriano Lastarria.

Noviembre 15 de 1846.217

ÁFRICA

Señor don Juan Thompson.

Orán, enero 2 de 1847.....272

ROMA

Ilmo. Señor Obispo de Cuyo.

Roma, abril 6 de 1847.314

FLORENCIA, VENEZIA, MILÁN

Señor don J. M. Gutiérrez

Milán, mayo 6 de 1847.....378

SUIZA, MUNICH, BERLÍN

Señor don Manuel Montt.

Gotinga, junio 5 de 1847.402

CONTINUACIÓN DEL DIARIO DE GASTOS

DURANTE EL VIAJE POR EUROPA Y AMÉRICA.427

III ESTADOS UNIDOS

ESTADOS UNIDOS

Señor don Valentín Alsina.

Noviembre 12 de 1847.487

INCIDENTES DE VIAJE

NUEVA YORK587

CANADÁ.....601

BOSTON610

BALTIMORE, FILADELFIA617

WASHINGTON.....621

EL ARTE AMERICANO632

CINCINNATI.....651

CONTINUACIÓN DEL DIARIO DE GASTOS

DURANTE EL VIAJE POR EUROPA Y AMÉRICA.665



PRÓLOGO

Ya lo dije en otra oportunidad y lo reitero en ésta: el libro de viajes de Sarmiento está entre los mejores del género que se hayan jamás escrito.

La forma en que se originó el viaje, que duró más de dos años, desde diciembre de 1845 hasta febrero de 1848, es la siguiente:

Hastiado Sarmiento de los ataques que contra él y el ministro Manuel Montt le hacía especialmente un coronel Godoy, comenta a Montt que el gobierno de Bolivia lo ha invitado a radicarse allí, ofrecimiento que considera. Montt lo escucha y le pregunta:

—Eso parecería ser una caída. Antes no pensaba Vd. ir a Europa?

“Así nace la idea del viaje. Montt, que desea salvarlo y favorecerlo, aunque también quiere librar a Chile y al gobierno de un hombre harto comprometedor, lo comisiona para estudiar el desenvolvimiento de la instrucción pública en las grandes naciones de Europa y en los Estados Unidos y le hace dar dinero para el pasaje y para algunos meses de permanencia en el extranjero”; explica Manuel Gálvez en su biografía de Sarmiento (Vida de Sarmiento, Editorial Tor, Buenos Aires, 1952, pág. 113). Sarmiento tiene títulos para la función que se le encomienda. Es director de la escuela Normal de Preceptores, engendro inventado por él, que por entonces cumple su primer año de vida. Cómo el dinero para unos meses de subsistencia se estira para durar más de dos años es un

misterio que no se aclara.

Es así como el 28 de octubre de 1845 se embarca en la corbeta La Enriqueta, que en 40 días lo depositará en Montevideo, sitiada por entonces por el general blanco uruguayo Oribe.

Sarmiento permaneció unas cuatro semanas en la ciudad, defendida por una coalición de uruguayos blancos (pocos), uruguayos negros, argentinos (muy mal equipados), italianos, franceses, vascos e ingleses. La defensa es dirigida por el general Paz. Sarmiento conoce a los emigrados argentinos, hace buenas migas con Esteban Echeverría, pero sus relaciones son difíciles con Florencio Varela. Menciona a otros antirrosistas como Alsina, Wright, Pico, Cané, Vélez, amigos argentinos inteligentes que deja en la ciudad erizada de cañones.

Llama la atención a Sarmiento *“el parentesco y mancomunidad que une a las dos repúblicas del Plata en sus odios y en sus afecciones, de manera de hacer sospechar que su independencia respectiva es una creación bastarda y contraria a la naturaleza de las cosas. Un ejército argentino sitiaba la plaza a las órdenes de un general montevideano; y la plaza había improvisado y sostenido su resistencia a las órdenes de un general argentino.”*

En Río de Janeiro, donde llega en febrero de 1846, Sarmiento queda abrumado por la exuberancia de la naturaleza, pero se queja del clima y de lo que él llama esclavatura, que ve en todo su horror desde la ventana de su residencia.. Allí desfila ante sus ojos *“una larga recua de negros encorvados bajo el peso que seguían al trote al madrin que en la delantera agitaba sonajas de cascabeles y campanillas”*, escribe y olvidando a los angloamericanos, añade que *“La raza negra queda hoy tan sólo esclavizada por los últimos en la escala de los pueblos civilizados: los portugueses y los españoles”*.

En Río, Sarmiento conoce y alterna con el general oriental Rivera a quien califica de badulaque y en una recepción junto al encargado de negocios de Francia, Saint-Georges, se dedica a reírse de las afirmaciones del caudillo oriental.

París

En mayo finalmente arriba a Francia e inmediatamente parte del puerto de Le Havre a París. Sin perder tiempo asiste a un debate en la Cámara de Diputados entre el primer ministro Guizot y el jefe de la oposición, el diputado Thiers. Allí se anoticia Sarmiento de la gran corrupción existente en la política francesa. Así, por ejemplo, incluye en su libro una larga lista de empleos que el diputado Piedron, cuyo voto necesita, ha obtenido en la administración. Son en total tres-cientos cuatro empleos obtenidos por dicho diputado para su familia, hermanos, primos, correligionarios, el partido. Punteros diríamos ahora. *“Cuando se denuncia en la tribuna un delito evidente como la luz, una dilapidación horrorosa, M. Guizot pide que la Cámara decida si está o no satisfecha, y un movimiento en masa de la turba de cómplices absuelve de toda responsabilidad al rey y al ministerio. He ahí el país legal, he ahí a los grandes hombres de la tierra!”* —exclama un frustrado Sarmiento.

Nuestro viajero concurre con cierta frecuencia a los bailes parisinos, que son públicos, como medio de combatir la nostalgia de la patria lejana, y hace una magnífica descripción de ellos, donde se baila con entusiasmo valeses, mazurcas y otros ritmos populares de la época, bajo los sonos clamorosos de orquestas alemanas. No se sabe porqué, pero los bailes inspiran a Sarmiento pensamientos igualitarios que lo llevan a escribir: *“¿No es, sin duda, bello y consolador imaginarse que un día no muy lejano todos los pueblos cristianos no serán sino un mismo pueblo, unido por caminos de hierro o vapores, con una posta eslabonada de un extremo a otro de la tierra, con el mismo vestido, las mismas ideas, las mismas leyes y constituciones, los mismos libros, los mismos objetos de arte?”* E influido por la idea del falansterio de Fourier, agrega: *“Y será siempre la gloria de Fourier haber llevado la inteligencia del hombre hasta hacerla capaz de mejorar el universo, de haber deificado en la criatura el poder del Creador poetizando el trabajo y la inteligencia humana, en lugar de la fuerza destructora de héroes sanguinarios, que hacen hasta hoy el caudal de la poesía épica como en los tiempos antiguos; dioses inmorales, caprichosos e injustos.”*

Es bastante claro que la primera parte del párrafo parece escrito en nuestros días por entusiastas de la globalización, de la que Sarmiento se constituye en un precursor.

España

Y si de globalización se habla, Sarmiento, ya en España, alaba a los vascos, que insiste sin motivo en hacerlos descendientes de los fenicios, por su resistencia a la aduana. Cita acá el sanjuanino a Mme. de Staël, quien sobre el punto había dicho: “*El comercio libre es tan viejo como el mundo; la aduana data de ayer*”.

El tema del comercio y del proteccionismo le interesa sobremanera. En Barcelona pondera el espíritu liberal de los catalanes y sostiene que el contrabando es lícito si se perpetra impunemente. Toma el té con Richard Cobden, quien ese mismo año había obtenido que el Parlamento inglés derogara las leyes protectoras a la producción de trigo inglés. Dice que “*el proteccionismo es un medio inocente de robar dinero al vuelo, arruinando al consumidor*.” Cobden explica a Sarmiento los métodos que ha usado para alcanzar su ambicioso objetivo.

No obstante tan clamoroso éxito, que Sarmiento reconoció debidamente, Cobden le pareció un papanatas. “*Fastidioso como un inglés (es que era inglés), reposado como un axioma, frío, vulgar*”, son las características con que el argentino lo describe. Pero no lo pasó tan mal con el líder librecambista pues se quedaron charlando hasta que Cobden lo acompañó hasta la puerta de su hotel, quedando el primero “*abrumado de dicha, ablamado (sic) de tanta grandeza y tanta simplicidad; contemplando medios tan nobles y resultados tan gigantescos. No dormí esa noche*”, -termina declarando Sarmiento.

A partir de acá, se despacha con una retahíla de expresiones anti españolas, de las que destaco algunas:

—“*España es igual a Arabia*”.

—“*El atraso y la falta de inventiva de los españoles se revela por la forma en que las españolas limpian los pisos, echadas en cuatro patas sobre ellos, por*

desconocimiento del mango. En España no se ha descubierto la escoba”.

–*“Son como nosotros, atrasados, sin ciencia y sin artes”.*

–*“Si yo hubiera viajado a España en el siglo XVI, mis ojos no habrían visto otra cosa que lo que ahora ven”.*

–*“Las producciones de la España son los productos de los pueblos primitivos: lanas, cereales y aceite”.* De esta frase se deduce cómo nos catalogaría Sarmiento en la actualidad.

–*“La España es la nación que menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de la inteligencia”.*

Argelia

Sarmiento decide pasar de España a Argelia donde quiere estudiar la colonización francesa. Lo hace vía Mallorca, en donde aborda un pequeño velero que carece de camarote, debiendo entonces dormir sobre cubierta en medio de barricas y cerdos. Es una travesía que no olvidará Sarmiento así no más. En Argel le sorprende la riqueza del barrio europeo y la mezcla de nacionalidades: argelinos, por supuesto, turcos, judíos, franceses, españoles e italianos.

En Argel conoció al Mariscal Bugeaud, duque de Isly, que le explicó detalladamente su sistema de guerra y administración, y su evolución desde 1830. Se remitió a un estudio que había escrito sobre el tema, del cual dio copia a Sarmiento. Luego le organizó una excursión con el general Arnault, quien le mostró un comentario hecho a su libro “Civilización y barbarie” aparecido en la Revista de Ambos Mundos, lo que gratificó inmensamente el ego de Sarmiento.

Este comparó a los baqueanos árabes con los gauchos, sus caracteres comunes: masticar la raíz de yerbas para ubicarse.

Roma

Tras tres meses en Argelia, el viajero pasó a Roma vía Marsella,

Venecia y Pisa. Llegó a la Ciudad Eterna poco después de la muerte de Gregorio XVI y de la derrota de la rebelión de Romagna, que sólo pretendía un gobierno más moderno y tolerante por parte de las autoridades pontificias, que tenían las cárceles llenas de presos políticos, condenados en juicios oscuros, donde las culpas estaban sofocadas en forma indefinida y arbitraria, “por la cual se castigan como delitos de lesa majestad las opiniones, los pensamientos y aún las afecciones del corazón”, decía Sarmiento.

Pietro Renzi, un rebelde de la Romagna, pedía en un manifiesto “*plena y general amnistía a todos los reos políticos desde el año 1821 hasta el presente (1845)*”, lo que significaba ¡que había gente que estaba presa desde hacia más de veinte años!

La elección del sucesor de Gregorio XVI había recaído en el cardenal Mastai, que como enviado papal había conocido Buenos Aires y Santiago de Chile en 1823. El liberalismo republicano que gobernaba en ambos países debió impresionar al joven conde de treinta y tres años, opina Sarmiento, contribuyendo así al cambio de orientación del régimen pontificio que impulsó Mastai. Este, en su primer día de reinado, concedió una amplísima amnistía a los presos políticos y a aquellos súbditos que estando en el extranjero no volvían a los Estados Pontificios por tener causas pendientes. La amnistía beneficiaba también a los rebeldes de la Romagna.

Alemania

Nuestro viajero atravesó Suiza para llegar a Alemania, donde visita Munich, Nuremberg, Dresden, Leipzig, Berlín, Gotinga y Colonia. Sarmiento desea conocer el sistema educativo vigente en Prusia y compra una colección de decretos emitidos en relación a este tema. En su opinión “*gracias a su inteligente sistema de educación, Prusia está más preparada que Francia para la vida política*”. Estudia asimismo la emigración que se opera en Alemania, casi toda ella con destino a los Estados Unidos. Las tierras del Noroeste norteamericano tenían cerca de

300.000 habitantes en 1810; en 1820 859.000; en 1840 4.482.777. La dificultad para orientar esta corriente emigratoria hacia Sudamérica radica en los prejuicios existentes contra esa región: calor sofocante, alimañas ponzoñosas, guerra interminable. En Gotinga va a discutir en la Universidad el tema de la emigración. Lo conduce el profesor Wappäus, que ya ha escrito una historia de Venezuela, que será seguida por otra de Chile.

Participa también en un debate filosófico con varios profesores de la Universidad de Gotingen, que le dedican una profecía de Séneca y parte hacia Francfort y Maguncia, donde se embarca en un vapor que desciende el Rin hasta Colonia, siguiendo viaje en tren hacia Amsterdam, La Haya, Bruselas y vuelta a París, donde permanece dos semanas que aprovecha para visitar al general San Martín, “el primero y más noble de los emigrados que han abandonado su patria, su porvenir, huyendo de la ovación que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven”, escribe el sanjuanino.

Su viaje se acelera. Aunque ya ha casi agotado sus fondos, le quedan apenas 600 pesos fuertes. En una decisión temeraria resuelve viajar a Inglaterra y desde allí dar el gran salto a los Estados Unidos. Nada habla Sarmiento de su estadía en el Reino Unido. Es en Liverpool donde se embarca en el vapor Montezuma que transporta a 480 hambreados irlandeses a Nueva York, pero los dioses lo apoyan y en esta ciudad lo encuentra Santiago Arcos, joven chileno que declara que lo persigue desde Francia. Arcos salió de Santiago de dos años y quiere que Sarmiento lo ayude a insertarse en la sociedad chilena. El joven es hijo de un acaudalado banquero y carece de apremios económicos. Es razonable pensar que durante el viaje, en el que juntan los caudales de uno y otro, Sarmiento habrá encontrado remedio para sus problemas financieros.

Estados Unidos

Conocer los Estados Unidos provoca un shock a nuestro viajero.

Así resulta de su carta de noviembre de 1847 a Valentín Alsina, cuando deja el país del norte. Estaba, reconocía Sarmiento, *“en aquel estado de excitación que causa el espectáculo de un drama nuevo, lleno de peripecias, sin plan, sin unidad, erizado de crímenes que alumbran con su luz siniestra, actos de heroísmo y abnegación, en medio de los esplendores fabulosos de decoraciones que remedan bosques seculares, praderas floridas, montañas sañudas o habitaciones humanas, en cuyo pacífico recinto reinan la virtud y la inocencia... Los Estados Unidos son una cosa sin modelo anterior, una especie de disparate que choca a la primera vista, y frustra la expectación pugando contra las ideas recibidas, y no obstante este disparate inconcebible es grande y noble, sublime a veces, regular siempre; y con tales muestras de permanencia y de fuerza orgánica se presenta, que el ridículo se deslizaría sobre su superficie como la impotente bala sobre las duras escamas del caimán”*.

A Sarmiento le impresiona la inventiva de los americanos del norte. Menciona a Franklin, *“el primero que tomó en sus manos el terrible rayo; Volta, Oersted, Alexander, Ampère, Arago, habían escrito y tentado mucho sobre la telegrafía eléctrica, cuando Morse, norteamericano, hizo sus ensayos mediante los 30.000 pesos que el Congreso de los Estados Unidos dio para costearlos. ¿No es singular —se pregunta Sarmiento— que haya cabido a los Estados Unidos la gloria de haber inventado el pararrayos y el éter sulfúrico para ahorrar dos grandes males a la humanidad?”* y recuerda que en Francia dejó líneas de telégrafo de Ruán a París, de París a Lille, y esto para el servicio exclusivo del go-bierno. En los Estados Unidos había varios círculos de líneas que unían Nueva York, Washington, Baltimore, Philadelphia; otro anillo que unía Nueva York, New Haven, Hartford, Springfield, Boston y vuelta a Nueva York. Otras líneas unían esta ciudad con Albany, Montreal, Rochester. Se sorprende el viajero con la profusión de canales navegables, *“que puede producir la más pasmosa red de navegación interior y fluvial”*.

Asimismo dedica largas páginas a describir las enormes dificultades de una expedición de colonizadores a Oregón, cuya ambición era llegar al Pacífico para abrir el comercio con Japón y China. El dinamismo de las aldeas también lo impresiona. Nada que ver con las dormidas aldeas

europas. En cada aldea norteamericana hay una o más iglesias, dependiendo del credo predominante de sus habitantes, varias escuelas, un banco, uno o más diarios, dos hoteles. Asimismo lo sorprende la libertad de la mujer soltera, que *“viaja sola, vaga por las calles de las ciudades y mantiene amoríos castos a la vez que desenvueltos a la luz del público. Recibe visitas de personas que no se han presentado a su familia. A las dos de la mañana vuelve de un baile a su casa, acompañada de aquel con quien ha balseado o polcado toda la noche”*. Pero cuando se casa y vuelve de la luna de miel, *“va a aburrirse santamente en el hogar doméstico”*.

Sarmiento habla del *“furor del viaje”* de los americanos del norte, facilitado por la baratura de los pasajes, sea en barco o ferrocarril. Y vinculado con los viajes, describe los palacios flotantes que ascienden el río Hudson, de Nueva York a Albany, la capital del estado. El barco Isaac Newton o el Hendrik pueden transportar dos mil pasajeros con doscientos camarotes.

El de los hoteles es otro rubro del que se ocupa. En particular del hotel San Carlos de Nueva Orleans, solo comparable con el Capitolio de Washington. El impresionable Sarmiento dedica largas páginas a su descripción.

Ante estas construcciones colosales se pregunta *“si realmente la Europa está a la cabeza de la civilización”* y añade que ante el tamaño de los barcos que remontan el Hudson, los ha visto a marinos sardos, ingleses y franceses, *“expresar sin disimulo su asombro de encontrarse tan pequeños, tan atrás de este pueblo gigantesco”*.

Sarmiento examina el tema muy actual hoy en la Argentina del repudio de la deuda pública por algunos estados como Illinois, Mississippi, Indiana, Michigan, Arkansas. Comenta que son execrados por los diarios europeos y entonces principia una reacción basada en que el honor nacional ha sido mancillado. La clase ilustra de que los estados que han repudiado las deudas sienten la indignidad del procedimiento, la economía mejora y se preguntan entonces si no sería conveniente *“to repeal”* la repudiación. Se entablan negociaciones con los bancos acreedores, casi todos ingleses, el estado deudor (criminal lo llama Sarmiento) ofrece pagar el 60% de los intereses; otro estado que había

pedido el préstamo para construir un canal pide más dinero para terminarlo y poder pagar todo; así casi todos los estados regularizan la situación. Es de esperar que la Argentina siga este camino.

Sarmiento concluye su obra comentando algunos incidentes de viaje que retratan la manera de ser de los americanos. En uno de ellos, los dos viajeros se separan porque Sarmiento quiere conocer Washington, lo que no interesa tanto a Arcos. Quedan en reencontrarse en Harrisburg, capital del estado de Pennsylvania, en el United States Hotel, porque se habían apercibido de que todas las poblaciones norteamericanas tenían un hotel con ese nombre. Sarmiento llega a Harrisburg con un día de atraso y, cosa extraña, descubre que no hay un hotel de ese nombre en la ciudad, viajando posteriormente al cercano pueblo de Chambersburg y en la posta le entregan un mensaje de Arcos diciéndole que lo espera en Pittsburg. Pero Sarmiento al separarse de Arcos había tomado muy poco dinero del pozo común y el que había tomado no era suficiente para cubrir el costo del pasaje en diligencia a Pittsburg. Se desespera y pide ayuda al hotelero, que se la niega. Pero sus lamentos son escuchados por un señor Leslie, que le ofrece en préstamo el dinero necesario que se compromete a devolver en un banco de Pittsburg. Tranquilizado Sarmiento toma pasaje en la diligencia y allí conoce a una señora, recién enviudada, que viaja a Nueva Orleáns donde el marido le dejó una plantación de algodón trabajada por esclavos.

La señora, cuyo nombre no da Sarmiento, le quiere dar un bolso con monedas, pues también se había enterado de los problemas financieros del sanjuanino, con quien habla en francés. Sarmiento no acepta el bolso y no contesta la otra oferta de la pasajera: seguir viaje a Nueva Orleáns, donde se puede alojar en su plantación, en caso de no encontrar a Arcos, hasta que solucione sus problemas económicos. Siguen juntos en la diligencia hacia Pittsburg, donde toman el mismo barco, ella con rumbo a Nueva Orleáns, él con destino en Cincinnati. Además está decir que en Pittsburg, donde había un United States Hotel, Sarmiento encontró a Arcos, no necesitando por lo tanto aceptar la oferta de alojamiento de la buena señora, de la que se separó en la men-

cionada ciudad de Ohio. “Y como si la ingratitude fuera la recompensa de tan desinteresado proceder, he olvidado el nombre” * (de la señora), concluye críticamente Sarmiento el relato del episodio.

He tejido un argumento que se aparta del que da Sarmiento en este libro, relatando un supuesto affaire entre Sarmiento y la anónima señora, a quien he bautizado como Marjorie D’Aventour, durante el viaje en diligencia entre Chambersburg y Cincinnati. La aventura amorosa se interrumpe bruscamente y con gran dolor de los protagonistas, genuinamente enamorados, al conocer Sarmiento la muerte del marido de Benita Martínez Pastoriza, su amante santiaguina. La novela se llama “La ingratitude de Sarmiento”, aludiendo a la ingratitude de la que se inculpa el propio Sarmiento.

Los “Viajes”, en el capítulo concerniente a los Estados Unidos, constituyen una versión argentina resumida de la célebre obra de Alexis de Tocqueville “La démocratie en Amérique”, escrito en la misma época. Por la similitud de muchas observaciones de uno y otro autor podría creerse que el argentino conoció el trabajo del francés. No pudo ser así: “La démocratie” apareció en dos volúmenes en 1835 y en 1840. No fue un libro popular, apenas se publicaron 500 ejemplares y 10.000 en francés en vida del autor. Sarmiento estuvo en los Estados Unidos en 1847 y no leyó esa primera edición de la magna obra de Tocqueville. Y si coincidieron en la época de sus viajes también lo hicieron en cuanto a sus nacimientos: 1805 el francés, cinco años más tarde el argentino. Pero la coincidencia más importante, por lejos, de estos dos genios fue la del espíritu.

Juan Carlos Casas
Febrero, 2003

* [N. del Ed. : ver pág. 651]

ADVERTENCIA

Ofrezco a mis amigos, en las siguientes páginas, una miscelánea de observaciones, reminiscencias, impresiones e incidentes de viaje, que piden toda la indulgencia del corazón, para tener a raya la merecida crítica que sobre su importancia no dejará de hacer el juicio desprevénido. Saben ellos que a fines de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis propios ojos, y de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria, en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública. El fruto de mis investigaciones verá bien pronto la luz; pero dejaba esta tarea, árida por demás, vacíos en mi existencia ambulante, que llenaba el espectáculo de las naciones: usos, monumentos e instituciones, que ante mis miradas caían sucesivamente, y de que quise hacer en la época, abreviada reseña a mis amigos, o de que guardé anotaciones y recuerdos, a que ahora doy el posible orden, en la colección de cartas que a continuación publico.

Este plan traíalo aparejado la realidad del caso, y aconsejábamelo la naturaleza misma del asunto. El *viaje* escrito, a no ser en prosecución de algún tema científico, o haciendo exploración de países poco conocidos, es materia muy manoseada ya, para entretener la atención de los lectores. Las *impresiones de viaje*, tan en boga como lectura amena, han sido explotadas por plumas como la del creador inimitable del género, el popular Dumas, quien con la privilegiada facundia de su es-

píritu, ha revestido de colores vivaces todo lo que ha caído bajo su inspección, hermoheando sus cuadros casi siempre con las ficciones de la fantasía, o bien apropiándose acontecimientos dramáticos o novedosos ocurridos muchos años antes a otros, y conservados por la tradición local; a punto de no saberse si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra. ¡Cuán bellos son los países así descritos, y cuán animado el movable y corredizo panorama de los viajes! Y sin embargo, no es en nuestra época la excitación continua, el tormento del viajero, que, entre unas y otras impresiones agradables, tiene que soportar la intercalación de largos días de fastidio, de monotonía, y aun la de escenas naturales, muy bellas para vistas y sentidas; pero que son ya, con variaciones que la pluma no acierta a determinar, duplicados de lo ya visto y descrito. La descripción carece, pues, de novedad, la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caracteres, los mismos medios de existencia; la prensa diaria lo revela todo; y no es raro que un hombre estudioso sin salir de su gabinete, deje parado al viajero sobre las cosas mismas que él creía conocer bien por la inspección personal. Si esto ocurre de ordinario, mayor se hace todavía la dificultad de escribir viajes, si el viajero sale de las sociedades menos adelantadas, para darse cuenta de otras que lo son más. Entonces se siente la incapacidad de observar, por falta de la necesaria preparación de espíritu, que deja turbio y miope el ojo, a causa de lo dilatado de las vistas, y la multiplicidad de los objetos que en ellas se encierran. Nada hay que me haya fastidiado tanto como la inspección de aquellas portentosas fábricas que son el orgullo y el blasón de la inteligencia humana, y la fuente de la riqueza de los pueblos modernos. No he visto en ellas sino ruedas, motores, balanzas, palancas y un laberinto de piecicillas, que se mueven no sé cómo, para producir qué sé yo qué resultados; y mi ignorancia de cómo se fabrica el hilo de coser ha sido punto menos tan grande, después de recorrer una fábrica, que antes de haberla visto. Y sucede lo mismo en todos los otros ramos de la vida de los pueblos avanzados; el Anacarsis no viene con su ojo de escita a contemplar las maravillas del arte, sino a riesgo de injuriar la estatua con sólo mirarla. Nuestra percepción está aún embotada, mal despejado el

juicio, rudo el sentimiento de lo bello, e incompletas nuestras nociones sobre la historia, la política, la filosofía y bellas letras de aquellos pueblos, que van a mostrarnos en sus hábitos, sus preocupaciones, y las ideas que en un momento dado los ocupan, el resultado de todos aquellos ramos combinados de su existencia moral y física. Si algo más hubiera que añadir a esto, sería que el libro lo hacen para nosotros los europeos; y al escritor americano, a la inferioridad real, cuando entra con su humilde producto a engrosar el caudal de las obras que andan en manos del público, se le acumula la desventaja de una prevención de ánimo que le desfavorece, sin que pueda decirse por eso que inmerecidamente. Si hubiera descrito todo cuanto he visto como el Conde del Maule, habría repetido un trabajo hecho ya por más idónea y entendida pluma; si hubiese intentado escribir *impresiones de viaje*, la mía se me habría escapado de las manos, negándose a tarea tan desproporcionada. He escrito, pues, *lo que he escrito* (porque no sabría cómo clasificarlo de otro modo), obedeciendo a instintos y a impulsos que vienen de adentro, y que a veces la razón misma no es parte a refrenar. Algunos fragmentos de estas cartas que la prensa de Montevideo, Francia, España o Chile ha publicado, dan cumplida muestra de aquella falta de plan que no quiero prejuzgar; si bien me permitiré hacer indicaciones que no serán por demás, para excusar su irregularidad. Desde luego, las cartas son de suyo género literario tan dúctil y elástico, que se presta a todas las formas y admite todos los asuntos. No le está prohibido lo pasado, por la asociación natural de las ideas, que a la vista de un hecho o de un objeto, despiertan reminiscencias, y sugieren aplicación; sin que siente mal aventurarse más allá de lo material y visible, pudiendo con propiedad seguir deducciones que vienen de suyo a ofrecerse al espíritu. Gústase entonces de pensar, a la par que se siente, y de pasar de un objeto a otro, siguiendo el andar abandonado de la carta, que tan bien cuadra con la natural variedad del viaje.

Ni es ya la fisonomía exterior de las naciones, ni el aspecto físico de los países, sujeto propio de observación, que los libros nos tienen harto familiarizados con sus detalles. Materia más vasta, si bien menos fácil de apreciar, ofrecen el espíritu que agita a las naciones, las insti-